

mo que ante las promesas y las amenazas. Podían muy bien dar rienda suelta á su rabia aquellos terribles republicanos de la antigüedad ante el adversario que huía, y oponer sus pechos al venablo de su enemigo mientras acariciaban la esperanza de un resultado glorioso; pero también ¡con qué prontitud desenvainaban la espada para quitarse la vida á la simple apariencia de un fracaso! Poco les importaba sacrificar vergonzosamente los intereses de la patria; poco les importaba su honor; se les había enseñado á interpretar esto como «miedo», <sup>(1)</sup> como «falta de prudencia», <sup>(2)</sup> y á considerar la desgracia como «incapacidad». <sup>(3)</sup>

Tales fueron también nuestros abuelos, los germanos. Antes del combate, se ocultaban bajo sus escudos; cuando llegaba la hora de pelear, se precipitaban sobre el enemigo, con el hacha en la mano, sedientos de sangre, no como héroes, sino como locos y posesos. Después, apenas cesaba aquel estado irracional, se daban mutuamente la muerte por los motivos menos honrosos, por avaricia, por sentimiento de haber perdido la fortuna, por escapar á la pesadumbre que los oprimía; <sup>(4)</sup> ó bien, cuando tenían una desgracia que llorar, hacían como Thierry; se apoderaba de ellos la desesperación, y se comían un brazo, una mano, un dedo sangriento. <sup>(5)</sup>

Lo mismo sucede entre los indos, los cuales, con incomprendible dominio de sí mismos, se mantienen en medio de braseros llenos de fuego, sin que se inmute su fisonomía; se matan por cuadrillas, sea porque teman una enfermedad que amenace invadir sus chozas, <sup>(6)</sup> sea por la perspectiva que se les presenta de ver alterada su belleza por la viruela. <sup>(7)</sup>

(1) S. Agustín, *Civ. Dei*, 1, 17.

(2) Plutarco, *Compar. Dionys. cum Bruto*, 3, 1.

(3) S. Agustín, *Civ. Dei*, 19, 4, 4.

(4) Weinhold, *Altnordisches Leben*, 472 y sig.

(5) Rabenschlacht, 893, 3 y sig.; 894, 6 y sig. (Martin).

(6) Wuttke, *Gesch. des Heidenthums*, I, 189.

(7) Waitz, *Anthropologie der Naturvölker*, III, 102.

Luego, por lo mismo que el Cristianismo exige del hombre más suave virtud, le pide mayor perseverancia en esa virtud.

Así como, de un lado, ha hecho más manso al hombre, así, por otro, ha fortificado á la mujer. La alabanza más hermosa que ha sabido tributar á la mujer la Revelación, ha sido llamarla mujer «fuerte». <sup>(1)</sup> Ciertamente que también la antigüedad conoció modelos de fortaleza en una Efigenia y en una Antígona; pero es mayor la fortaleza de que debe dar pruebas la mujer cristiana; y lo que por esto comprende el Cristianismo no es la fortaleza poco femenina de una Medea, de una Amazona ó de una lacedemonia. No es sólo la fuerza la que debe constituir su ornamento, sino la fortaleza casta, fiel al deber, caritativa, amable en todo é inquebrantable, de una Inés, de una Mónica y de una Isabel.

Preséntase aquí de nuevo la máxima que ya hemos citado <sup>(2)</sup> y adoptado, pero en diferente sentido: «No hay hombre ni mujer, porque todos vosotros sois uno en Jesucristo». <sup>(3)</sup> «Cada uno de vosotros se ha hecho una criatura nueva; las cosas viejas ya pasaron». <sup>(4)</sup> Se ha suavizado la rudeza de la virtud del hombre, sin que se haya perjudicado á su fortaleza: se ha fortalecido la debilidad de la mujer, pero han quedado su mansedumbre y dulzura, haciéndose con esto más amable, más graciosa; se han igualado las prerrogativas de los dos sexos en un hombre nuevo que ha creado el Cristianismo. Si ha aumentado en fortaleza viril la virtud de la mujer en la nueva Religión, en esta nivelación ha ganado mucho más el hombre. No puede negarse, sin embargo, que la mujer es incontestablemente superior al hombre en la perseverancia, en la abnegación para llegar á lo que es objeto de su entusiasmo, en la tranquila fidelidad para cumplir los deberes de su esta-

(1) Prov., XXXI, 10.

(2) Véase más arriba, Conf. XII, 5.

(3) Gálatas, III, 28.

(4) II Cor., V, 17.

do, y en el valor para soportar los reveses de la fortuna. Mas sería perder miserablemente el tiempo entretenernos en probar que, bajo estos cuatro aspectos, ha ganado mucho con el Cristianismo la virtud en general.

Muchas veces (y no siempre con la mejor intención) se ha tratado de hacer un paralelo entre San Luis y Marco Aurelio. Con entusiasmo aplaudimos ese paralelo, porque no puede dejar de ceder en provecho nuestro. ¡Qué pobre contraste forman aquella taciturna melancolía del Emperador estoico, aquel profundo descorazonamiento, aquella necesidad insensata de pasar de una superstición á otra, aquella debilidad ante los desórdenes del Estado y de su casa, la pérdida de un tiempo precioso, en lugar de la prontitud en la acción, con el jovial sentimiento caballeresco, con el profundo amor de la justicia, con el tierno afecto á los poetas, y el noble placer de la lucha en el rey cristiano! ¡Cómo se engañaron aquellos poderosos señores que desatendían atrevidamente sus deberes con la esperanza de que la mansedumbre del hijo de la piadosa Blanca de Castilla no tendría ni fortaleza ni valor para resistirlos, ó de que no le dejarían tiempo sus ejercicios de piedad!

Se ha echado en cara á Felipe II la fría respuesta que dió al comunicarle la noticia de la destrucción de la *Armada invencible*: «Mandé mis buques á combatir contra los hombres y no contra Dios». Es cierto que era demasiada calma ante tan gran desastre; no queremos discutirlo, pero es cierto que, cualquiera que sea el juicio que de él se forme, Felipe II no era un hombre ordinario. Debió conocer su talento, muy calculador por desgracia, que con aquella derrota quebaba aniquilado su brazo. En todo caso, no era su declaración expresión debida á la estupidez, ni á falta de penetración de la magnitud de la desgracia. Considerada en sí, es incomparablemente más digna su conducta que la de Augusto que, al recibir la noticia del descalabro sufrido por uno de sus ejércitos, se mesaba los cabellos llorando; en lugar de equipar otro más poderoso,

recorría de un extremo á otro el palacio, con la barba en desorden, rasgados los vestidos, y atronando el espacio con descompasados gritos: «¡Varo, Varo, devuélveme mis legiones!»

Cuenta Plutarco que el gran Pericles, el más grande hombre de Estado que produjera Atenas, y cuya palabra resonaba á través de Grecia como el estampido del trueno, quedó desolado por la muerte de su querido hijo. Parolos: «Cuando le quitó la corona fúnebre, se apoderó de él tal emoción, que se puso á dar grandes gritos de dolor, y á derramar abundantes lágrimas». <sup>(1)</sup> Lejos de nosotros el pensamiento de censurar á un padre que llora sobre la tumba de su hijo, pero confesaremos, sin embargo, que hay otra clase de dolor que nos llena de más sublime sentimiento, es el dolor de una mujer, la Madre de los cristianos, que tenía más motivos que nadie para lamentarse y para llorar. No tenía más que un hijo, le amaba con un amor superior al amor de todas las mujeres; tuvo que entregarlo á los verdugos para ser condenado á la muerte más ignominiosa; le vió con sus propios ojos morir lentamente en un terrible suplicio, insultado, hasta en su agonía por sus envidiosos é irreconciliables enemigos. La más tierna de las Vírgenes, la más amante de las Madres, soportó un dolor que jamás ha desgarrado corazón alguno como desgarró el suyo. Una palabra basta para representárnosla: «Estaba de pie junto á la cruz». He aquí el triunfo de la virtud cristiana en la mujer.

**9. La belleza épica y trágica de la virtud cristiana.**  
—¿Por qué no querrán entrar en lucha con la virtud cristiana los estoicos y sus panegiristas con todas sus heroicas virtudes? En verdad que no tienen motivo alguno para evitar esta contienda. Verdad es que el esteta de Tubinga, llama «debilidad repelente» á la resignación cristiana de Luís XVI en la prisión, y es cosa probada que no fué un gran carácter aquel desgraciado príncipe mientras nada turbó su reposo; pero con la admirable constancia en

(1) Plutarco, *Pericles*, 36, 7.

su infortunio y en la muerte, conquistó la grandeza que le faltó durante su vida. El estoico, en su heroísmo, se hubiera dado la muerte; el príncipe cristiano la esperó sin turbarse. En medio de los injuriosos tratamientos de que fué víctima, podía invitar á sus enemigos á examinar si latía su corazón más fuertemente que de costumbre. Es cierto que, según las ideas de los antiguos y de los que se han formado según ellas, aquello no era heroísmo: pero nos permitiremos poner en duda semejante negación. ¿Son acaso jueces competentes en materia de heroísmo? Si nos representa Homero, no á un pobre alfeñique, sino al mismo Marte, dando terribles gritos, como «nueve ó diez mil guerreros»,<sup>(1)</sup> á consecuencia de una herida que había recibido; ¿donde buscar después de esto el espectáculo del dominio del hombre sobre sí mismo?

La Edad Media, mejor que la antigüedad, era incapaz de semejante exageración. Apenas si algún poeta de segundo orden, como el de Lohengrin, trataba de revelar su debilidad, con análogas expresiones, por otra parte, muy suavizadas.<sup>(2)</sup> No se hubiera perdonado á una hija bien educada, si, como entonces se decía, hubiera dado libre curso á su dolor al estilo pagano, esto es, sin medida y contra todas las reglas del decoro. Pero ni á sospechar llegó la antigüedad esa fortaleza de alma. Al contrario, creía cumplir un gran deber en la furiosa é indomable expresión del dolor.

Imposible representarse nada más espantoso que la forma con que nos pinta Sófocles al gran héroe del antiguo mundo, Hércules, bajo la impresión de los dolores que le causó su fiel esposa al enviarle la túnica de Neso.

«Loco por el dolor que sus entrañas  
»Despedaza, el gran Hércules al siervo  
»Agarra de una pierna, y furibundo  
»Contra la roca dura  
»Que bañan del océano las olas

(1) *Il.*, V, 860.

(2) *Lohengrin*, 6, 722, 2. (Junghans).

»Estréllalo. De sangre y de cerebro  
»Se ve saltar horrible mezcolanza.  
»Revuélcase en la tierra, estremecidos  
»Sus miembros, dando aullidos espantosos,  
»Cuyo eco repercute desde el monte  
»Aspero de la Locrida  
»Hasta los promontorios eubeos.  
»Y dominado ya por el cansancio,  
»Después de revolcarse,  
»Después de tantos gritos que ha lanzado,  
»Después de maldecir la cruel esposa,  
»Y el terrible himeneo de la hija  
»De Eneas el piadoso, el himeneo  
»Aquél que de su vida es el suplicio,  
»De contemplar el fuego Hércules cesa  
»Que lo consume y en derredor suyo  
»Su turbida mirada triste lanza». (1)

¿Donde se encontrará el sentimiento de la verdadera grandeza, si ante semejante conducta, se llama debilidad á la firmeza del piadoso rey, y á los dolores de cuerpo y alma incomparablemente más grandes que han sufrido tantas vírgenes cristianas? ¿Á dónde han llevado el sentimiento del heroísmo y de la grandeza de alma nuestros poetas y nuestros críticos cuando han dicho:

Que únicamente los combates son dignos  
De proporcionar materia á los cantos heroicos;  
Que una de las más espléndidas obras maestras de estudio  
Son los aburridos combates de los caballeros fabulosos,  
Y dejan de cantar  
El más noble valor de la paciencia y el heroísmo del mártir? (2)

¿Hay grandeza en que, con el ciego furor del león prisionero tras los barrotes de su jaula, se precipite á la muerte el hombre furioso, dando gritos despavoridos, blasfemando, acusando á Dios de injusticia, al mundo de ruindad, y á sí mismo de locura? ¿Es que no es infinitamente más elevada la paciencia del cristiano que, en su debilidad, se somete á la más terrible desgracia, porque le enseña su fe que se la envía la mano de Dios para purificarle?

Se nos habla constantemente de la concepción grandio-

(1) Sófocles, *Trachin.*, 779 y sig. (Ahrens).

(2) Milton, *Paraíso perdido*, 9, 28 y sig.

sa de la epopeya y de la tragedia de los antiguos. Pero ¿es algo verdaderamente épico y trágico el que vaya á chocar el culpable con una frente y un puño de bronce contra el escudo de bronce del inexorable destino, hasta saltar chispas, volando hecha pedazos su cabeza? ¿Hay algo trágico y épico en que, por jactancia, vaya á precipitarse un criminal en el abismo que se ha cavado él mismo? ¿No es más sublime y más consolador ver á un hombre de noble corazón agotar sus fuerzas y derramar su sangre, permaneciendo fiel á su deber y á su vocación, con un valor que nada es capaz de alterar, que ser testigo de salvajes bravatas dirigidas á la ley y al derecho? Se admira á los gigantes que gastaron todas sus energías en querer tomar por asalto el cielo, y se quedan muy fríos, y no sienten los aguijones de la emulación en presencia de José en la casa de Putifar, de José, á quien no pueden seducir para obrar contra su conciencia y contra la fidelidad que debe á su señor, ni la perspectiva de los más grandes peligros, ni la tentación más seductora. Ciertamente, no hay que reflexionar mucho para confesar que los esfuerzos de la castidad ante las seducciones de la sensualidad, que la fidelidad inquebrantable, á pesar de la calumnia y de la ingratitud para con el cumplimiento del deber, que la grandeza del sentimiento que pisa todo lo terreno para atender sólo á las cosas invisibles, que el amor á Dios, á las convicciones de la fe, á la pureza del corazón, amor que es más fuerte que la muerte, son desde el punto de vista de la estética <sup>(1)</sup> cosas, no sólo bellas, sino sublimes y dignas de aprecio y estimación.

Si reconocemos la sublimidad trágica y épica de muchos de esos combates que nos cuentan los antiguos poetas, tenemos en ellos la medida para apreciar toda la grandeza de los combates de los héroes de nuestra fe. Grandeza hubo realmente en los antiguos que dieron la vida por su patria; más grandeza hubo en los mártires que derramaron su sangre por su fe. Pero el que ha empeñado el comba-

(1) Cfr. Dursch. *Ästhetik*, 138 y sig., 167 y sig., 178.

te más grandioso que jamás se ha empeñado por la libertad y por la vida, es Aquél que en el Huerto de los Olivos se sometió libre y conscientemente, por pura compasión por nosotros, al asalto de un combate que hizo brotar la sangre por todos sus poros, nuestro Salvador; Aquél, decimos, cuya muerte superó infinitamente en importancia y en sublimidad á todos los sacrificios y á todas las acciones más bellas y más sublimes de los héroes tan celebrados en las leyendas antiguas.

**10. Secreto de su invencible fuerza.**—Pues bien, dejemos que corra esa afirmación de que el Cristianismo es religión buena para las mujeres. Al decir esto, sólo una cosa han hecho nuestros adversarios; han descubierto el secreto de su inexpugnable fuerza. En el combate, es más fuerte y más animoso el hombre, cuando sabe la clase de enemigo con quien ha de luchar. Pero el Cristianismo no tiene que hacer uso de esta violencia, no es religión agresiva como el Islamismo, es religión de amor, de sufrimiento y de martirio. La perseverancia en el sufrimiento y en la paciencia constituyen la fortaleza de la mujer; el huracán echa abajo esas robustas encinas que no pueden doblarse, mientras que la flexible caña que está á su lado sale vencedora en la lucha. Sabiendo suavizar la ruda fuerza antigua con tanta facilidad abatida, se ha hecho «invencible» el Cristianismo. <sup>(1)</sup>

Se nos llama también seres femeninos. Todos saben que en la guerra de un sexo contra el otro tiene más seguridades de vencer el débil. Cuando quiere, sus mejores armas son su debilidad y su falta de medios. Y cuando se trata de un ataque, la penetrante insinuación de sus modales da con frecuencia la victoria donde había fracasado primeramente el ardor del hombre. Pero, en realidad, nuestra religión no quiere ni hombres ni mujeres. Quiere hombres llenos de fortaleza, fieles á sus convicciones, abnegados, perseverantes, y, por consiguiente, hombres modestos, suaves y llenos de mansedumbre; pide hombres que reco-

(1) II Cor., XII, 10.

nozcan humildemente como propiedad suya la humana debilidad, y que se sirvan del conocimiento de sus faltas para vencer esa debilidad; quiere formar hombres que estén tan lejos de la presunción, como de la timidez; de la violencia como de la flojedad; hombres que no se eleven sobre los otros, que se tengan á sí mismos en poco, y que, sin embargo, no huyan de ningún deber, hombres que se consideren capaces de cometer todas las faltas posibles, que no se desanimen por ninguna de ellas, pero que, por ellas, aparezcan más humildes, más circunspectos, más resueltos, y que comprendan mejor los omnipotentes auxilios de la gracia; en fin, hombres en los que se realice la palabra misteriosa del Apóstol: «La virtud se perfecciona en la enfermedad». <sup>(1)</sup>

(1) II Cor., XII, 9.

## CONFERENCIA XVII

ORIGINAL, NO COPIA

1. **Variedad, independencia en la naturaleza, y á la vez, armonía en el todo y en sus partes.**—Sostenía un día Leibnitz que hay tal diversidad entre todas las cosas que se hallan en el cielo y en la tierra, que no pueden encontrarse dos cuya semejanza sea exacta. Las damas de la Corte de Hannóver complaciéronse en probar al sabio que estaba en un error, y pensaron que para demostrarlo bastarían algunas hojas de árboles iguales. Hubieran triunfado, en efecto, si las hubieran podido encontrar. Hubiérase podido tachar de locura la tentativa de aquellas señoras, si no hubieran tenido la excusa de la mezquina envidia que tenían de la gloria del filósofo. ¿Podían estar tan ciegas y tener tan poca experiencia para dudar con seriedad de la afirmación del gran hombre? ¿Quién se atrevería á encontrar ni siquiera dos pedazos de mármol enteramente iguales? En el cielo no hay dos estrellas de igual claridad. Donde nuestros ojos no descubren diferencia alguna, halla el análisis espectral un mundo de las más opuestas diversidades, que abren caminos enteramente nuevos á nuestros conocimientos de los cuerpos celestes. ¡Cuántas veces ha jugado una mala pasada á un aficionado á jardines esa invencible inclinación de la naturaleza á las formas originales y siempre variadas! ¡Cuántas veces, en el campo, hemos escuchado en la noche, con admiración, y muchas veces más tiempo del que hubiéramos deseado, la inagotable diversidad de voces de las cantoras de los estanques! Parecía que, á la luz de la luna, no que-